

RELIGIÓN Y REVELACIÓN

Padre Arnaldo Bazán

Cuando hablamos de religión nos estamos refiriendo a un sentimiento que han experimentado los seres humanos de todas las épocas. Esto se debió a que, por más primitivos que fuesen, los hombres se dieron cuenta de la imposibilidad de comprender el mundo y sus circunstancias sólo desde un punto de vista natural.

El ser humano, ayer y hoy, ha comprendido lo absurdo que es pensar en un Universo regulado por leyes fijas y plagado de innumerables maravillas hasta en los detalles más insignificantes sin que, al mismo tiempo, se evoque a un Ser Superior, Suprema Inteligencia que todo lo ha planificado y Poder Absoluto que todo lo ha creado.

LA INCÓGNITA DEL HOMBRE

Todavía hoy, a pesar de los muchos avances de la ciencia, no hay manera de responder a las preguntas más esenciales con respecto a las causas y orígenes del mundo, lo mismo que a los límites del Universo y el destino del ser humano.

Hemos de aceptar, con todo, que la religión sola tampoco da respuesta alguna, sino que intuye que ésta no se encuentra ni en el Universo ni en el ser humano.

Siendo la religión un sentimiento, mejor todavía, una intuición, impulsó al hombre a pensar en Dios y a buscar las respuestas que necesita a sus más profundas inquietudes, aunque ella misma no sea capaz de encontrarlas.

LA RELIGIÓN PRIMITIVA

La religión llevó al hombre a pensar que los astros, los fenómenos de la naturaleza y hasta ciertos seres fabulosos eran los que regían los acontecimientos y el devenir humano, y los llamó dioses, rindiéndoles culto.

La religión se expresaba a través del culto, que consistía, las más de las veces, en el ofrecimiento de sacrificios, ya de frutos o de animales, e incluso hasta de seres humanos, a esos dioses en los que creía. Estos sacrificios eran acompañados de ciertos ritos, que incluían oraciones, imposiciones o pases de manos, unciones y lavatorios con agua o con sangre.

El culto a los dioses solía tener un doble fin: aplacar su ira o buscar su favor. Cuando las cosas salían malas, como, por ejemplo, cuando había una mala cosecha o se presentaba un cataclismo natural, los primitivos de todas las épocas lo han aceptado como fruto de la ira de los dioses. Cuando aparecía la enfermedad la consideraban producto de la acción de un mal espíritu.

Los templos paganos eran, por lo general, bastante simples, pues se trataba, más que nada, de lugares para ofrecer sacrificios. Aunque también, desde la Antigüedad, aparecieron templos grandiosos que mostraban la categoría en la que eran tenidos los dioses a los que eran dedicados.

La gente no acudía a esos templos a reunirse con otros creyentes, ni a escuchar ningún tipo de sermones o enseñanzas, sino a ofrecer sacrificios y a rezar, cada

uno por su cuenta o con la ayuda de algún sacerdote o hechicero, que era también el encargado de ofrecer los sacrificios.

UNA RELIGIÓN NUEVA

La primera religión que rompe este esquema es la del pueblo de Israel. Aquí se trata no ya de una religión en la que es el hombre el que busca a Dios, sino en la que Dios sale al encuentro del hombre.

Fue Dios quien llamó a Abraham, con quien hace un pacto o alianza, que luego se renovarían pública y solemnemente en el monte Sinaí ya con todo el Pueblo de Israel, con Moisés a la cabeza.

Esta religión no exigía sacrificios, sino la obediencia a la Palabra del Señor. Con todo, para evitar los peligros de la idolatría, se permitiría que los israelitas ofrecieran un culto sacrificial, pero en un solo lugar: el Templo. Poco a poco este pueblo fue desarrollando una relación directa y clara con Dios.

Siglos antes de la venida de Cristo, durante el exilio de Babilonia, se instituyó una reunión semanal, para que el pueblo se congregara en un lugar especial, la sinagoga. Si al Templo se iba sólo en contadas ocasiones durante el año, a la sinagoga había que acudir todos los sábados.

DIOS SE REVELA A SU PUEBLO

La religión israelita era algo muy diferente a lo que se había visto hasta entonces. Aquí lo importante era la Revelación, la Palabra de Dios, y no las acciones o pensamientos humanos. Era Dios, no el hombre, quien llevaba la voz cantante y quien orientaba al pueblo, a través de sus voceros, sobre lo que había que hacer.

Esta religión se distinguió, sobre todo, por su énfasis en la existencia de un único Dios, al que se debía no sólo rendir culto, sino sobre todo amar "con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas" (Deuteronomio 6,4).

Ya no quedaba lugar a la imaginación calenturienta, ni a la invención de dioses por temor o pura conveniencia. El problema era aceptar al Dios único, rendirle culto y servirle. A cambio, el pueblo recibiría la seguridad del amor de su Padre y las promesas de una herencia que duraría para siempre.

Al sentimiento religioso respondió Dios, por fin, con una comunicación directa, primero con el Pueblo de Israel, la que luego iba a extenderse a todos los hombres y mujeres de la tierra con la venida de Jesús.

Así comienza la Carta a los Hebreos: "En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por un Hijo, al que nombró heredero de todo" (1,1-2).

El cristianismo no es propiamente una religión, sino una forma de responder a la Revelación de Dios. Los cristianos tratamos de hacer realidad en nuestras vidas la virtud de la religión, brindando a Dios un culto "en espíritu y en verdad",

porque Cristo nos enseñó que es ése el que, realmente, agrada al Padre.

El cristiano, hombre o mujer, es aquel que oye la Palabra de Dios y trata de ponerla por obra, sabiendo que, al final de la vida, podrá ver, por fin cara a cara, al que lo ha llamado a vivir eternamente con El.

Arnaldo Bazán